

VIAJES Y CIUDADES MÍTICAS

Álvaro Baraibar y Martina Vinatea Recoba (eds.)



Baraibar, Álvaro y Martina Vinatea Recoba (eds.), *Viajes y ciudades míticas*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 31 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-462-1.

RUINAS EN PALABRAS: BAHÍA, 1763

Alfredo Cordiviola

Universidade Federal de Pernambuco (Brasil)

De mediados del siglo XVIII data un documento curioso que, entre alusiones cifradas y párrafos enigmáticos, evocaba las formas de una ciudad conjetural y abandonada. Se trataba de un manuscrito que relataba la existencia de una ciudad desierta en pleno sertón de Bahía, en los interiores brasileños. El manuscrito, incompleto y parcialmente destruido, había sido encontrado en Rio de Janeiro, en la «livraria publica desta corte», y se titulaba *Relação histórica de uma occulta, e grande povoação anti-qüíssima sem moradores, que se descobriu no anno de 1753*.

«Guardada com muito segredo», la relación no declara autoría ni destinatario. El narrador, cuyo nombre aparece borrado por los efectos del desgaste y permanece desconocido, es uno de los protagonistas de la aventura, y utiliza solamente la primera persona del plural, un *nós* que alude indistintamente a todos los que participaron del viaje. El grupo estaba buscando las minas que un tal Robério Dias, hombre principal de la Bahía del siglo XVI, decía haber encontrado. La noticia no había podido ser confirmada, y se mantenía en el tiempo como una de las tantas promesas de abundancia que el continente americano multiplicaba desde los inicios de la conquista. Invocando un tópico de las narrativas que anuncian descubrimientos y eventos sorprendentes, el texto comienza mencionando las desventuras, dilaciones y extravíos que caracterizan a las expediciones por tierras desconocidas. Sin evitar la efusión poética, el narrador escribe que

Depois de uma larga e importuna peregrinação, incitados da insaciável cobiça do ouro, e quase perdidos em muitos annos por este vastíssimo sertão, descobrimos uma cordilheira de montes tão elevados, que pareciam chegavam à região etherea, e que serviam de throno ao vento, às mesmas estrelas; o luzimento que de longe se admirava, principalmente quando o sol fazia impressão no crystal de que era composta, formando uma vista tão grande e agradável, que ninguém daquelles reflexos podia afastar os olhos¹.

El párrafo inicial ya exhibe las motivaciones del viaje, el oro, que impone una búsqueda que es al mismo tiempo insensata e irresistible; fuente, como para tantos otros aventureros, de perdición y de salvación. El oro, el gran objetivo de las incursiones por el territorio americano desde los viajes colombinos, nuevamente es colocado aquí como causa eficiente que justifica las penurias y multiplica las expectativas. Mas hay otro elemento igualmente importante que marca el relato: la vista. En la configuración de esa «vista tão grande e agradável» se revelan los modos de un doble movimiento, en el cual el paisaje seduce al espectador mientras el ojo inventa y modula aquello que se ve, a través de distancias y de representaciones. Es el doble movimiento que da una dimensión estética a lo visible, característico de los *grand tourists* y de los admiradores de vestigios aislados. La voz que narra no parece ser de un tosco *bandeirante* ni de un soldado audaz, sino de un letrado comedido, consciente de su oficio, que recurre a metáforas y exaltaciones banales o librescas, llama a las elevaciones del sertón «Alpes e Pyreneos Brasilicos» y compara el agua que se desliza por las rocas con «neve ferida pelos raios do sol». Como en las novelas de aventuras, el gran descubrimiento surge por acaso: atraídos por una montaña brillante, los aventureros descubren un camino «entre duas serras, que pareciam cortadas por artifício e não pela natureza», que lleva al encuentro de la ciudad perdida.

Era una villa grande, totalmente deshabitada, salvo por algún gallo que todavía insistía en cantar. Los exploradores buscaban en vano rastros de personas, y solo encuentran edificios abandonados y ruinosos. En la entrada había tres grandes arcos, el mayor de los cuales ostentaba inscripciones y signos indescifrables. Las fachadas que se levantaban en la calle principal eran de piedra labrada, sin techos, sin muebles ni elementos que sirviesen para identificar a los emigrados habitantes. La calle lle-

¹ «Advertencia do Redactor d'esta Revista, o Conego J. da C. Barbosa», p. 151.

vaba a una plaza en cuyo centro se levantaba una columna «de grandeza extraordinaria» coronada por la estatua de un hombre con una mano apoyada en el flanco y la otra apuntando para el norte, como evocando remotas civilizaciones, provenientes de tierras muy distantes. En la plaza había también una Aguja «à imitação das que usavam os Romanos», un soberbio edificio, que debía haber sido «a casa principal de algum senhor da terra», y un bajorrelieve de una figura desnuda, joven y coronada por laureles. En este bajorrelieve se divisaban otras extrañas inscripciones de un alfabeto desconocido, hecho de signos vagamente griegos (quizás en griego ptolemaico) o pictográficos, que el autor transcribe cuidadosamente en el manuscrito. Junto a la plaza, otra gran construcción, que parece haber sido un templo, conserva su frontispicio y algunas paredes pintadas con figuras y cruces. Impera tanta desolación entre las piedras y restos que el narrador supone que un terremoto ha sido la causa de la destrucción general.

Contrastando con la devastación, el entorno natural parecía no querer ocultar sus prodigios. Un río caudaloso, variedades de flores, bandadas de patos, lagunas llenas de arroz comprueban la fertilidad de ese lugar ameno, donde «parece andou a natureza mais cuidadosa por estas partes, fazendo produzir os mais mimozos campos de Flora». Los exploradores continúan recorriendo la zona y, tres días después, encuentran río abajo un salto de agua, y varias ruinas, entre ellas las de otro templo, con un gran pórtico y una enorme edificación con escaleras de piedra y muchas salas interiores. En esos monumentos también había incomprendibles inscripciones, que, como dice el narrador, «insinuam grande mistério ao que parece». En el río no es difícil hallar oro, que también aparece, en forma de una moneda con figuras extrañas, entre las ruinas de una casa. Esto provoca aún más perplejidad en el narrador, que absorto se pregunta cómo un lugar tan propicio como aquel podía haber sido abandonado de ese modo:

admiramos o ser deixada esta povoação dos que a habitavam, não tendo achado a nossa exacta diligencia por estes sertões pessoa alguma, que nos conte desta deplorável maravilha, de quem fosse esta povoação, mostrando bem nas suas ruinas e figuras, e grandeza que teria, e como seria populosa, e opulenta nos séculos em que floresceu povoada².

² «Advertencia do Redactor d'esta Revista, o Conego J. da C. Barbosa», p. 154.

Para concluir, ya relatadas las maravillas vistas y tocadas, el texto revela el lugar en que fuera escrito («o sertão da Bahia e dos rios Pará-oaçu, Una») y conmina al ignoto destinatario del informe a no revelar ninguna noticia sobre la ciudad y a usufructuar cuanto antes las riquezas que estaban guardadas en tan misteriosa región.

El manuscrito que develaba la existencia de las enigmáticas ruinas tenía apenas diez páginas. Sería probablemente una copia de la hipotética relación redactada en Bahía, porque la letra que aparecía en el título (y que indicaba «Veio esta noticia ao Rio de Janeiro em o principio do anno de 1754») parecía ser la misma que constaba en el cuerpo del texto. En Río, sería encontrado décadas después por el naturalista Manuel Lagos, que entregó el valioso documento para el recientemente fundado Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. El manuscrito, que es conocido, por virtudes de la catalogación, por el número 512, hoy se conserva en la Biblioteca Nacional. El Instituto decidió publicarlo íntegramente, «tal e qual foi encontrado», en el tercer número de su revista, correspondiente al tercer trimestre de 1839.

Es evidente que un documento como este favorecía las dudas y facilitaba todo tipo de interrogantes. En primer lugar, podía argumentarse que el texto evocaba más una ficción que un testimonio de un intrépido *bandeirante*. Razones no faltan para defender esa hipótesis: ciudades antiguas, ocultas durante siglos, súbitas catástrofes y abandonos, la experiencia directa del testigo autorizado, la exaltación del afán exploratorio que vence todas las dificultades hasta conseguir el objetivo deseado, el Destino como aliado, el encuentro de riquezas soñadas son todas matrices recurrentes en las narrativas de exploración del continente americano. Estos tópicos, tan frecuentes en la literatura como en las tradiciones orales, son recursos que instrumentan las crónicas históricas, y que, paradójicamente, sirven tanto para articular un relato «verídico» en los moldes de la ficción como para componer un relato «ficcional» en los moldes de lo verosímil. En este caso, si el texto progresa mediante la invocación de esas matrices, existen otros factores que permiten leer la relación como una pieza de invención. Los usos del lenguaje, los implausibles hechos narrados, una trama que reelabora leyendas y rumores producidos por el imaginario colonial, la ausencia de datos precisos y mínimamente verificables son algunas de las características más evidentes que confieren auras de fantasía al relato.

En la región de la Chapada Diamantina, que en el siglo XIX se transforma en un centro minero importante, no había noticias de alguna villa o ciudad de esas dimensiones que pudiese haber sido fundada antes de 1753. Por otro lado, las descripciones del manuscrito no evocan un orden urbano ibérico, sino que parecen referir, por el tipo de arquitectura y por las piezas mencionadas, a elementos pertenecientes a antiguas culturas mediterráneas. Las constantes incursiones de *bandeirantes* en busca de oro y plata eran incentivadas por toda una conflagración de especulaciones y de pistas nunca confirmadas, que eran a su vez multiplicadas por los avances y fracasos de cada nueva expedición. Del seno de esos extravíos y desencuentros surge el manuscrito. En *O segredo das minas de prata* (1950), el historiador bahiano Pedro Calmon afirma que el texto podía ser atribuido a João da Silva Guimarães, un *bandeirante* que, explorando la región del Paraguaçu, había anunciado, en vano, el descubrimiento de las minas de Robério Dias. En sus búsquedas contaba con el apoyo del gobernador Martinho Proença, que era también bibliotecario y miembro de la Real Academia de Lisboa. Proença había investigado décadas antes las misteriosas inscripciones aparecidas en São Tomé das Letras, que serían consideradas de origen romano por algunos estudiosos de la época. El gobernador ya había muerto para la supuesta fecha de redacción del manuscrito, pero sus hipótesis y su obsesión por los vestigios clásicos pueden haber influido la escritura del texto. Como advierte Johnni Langer,

Talvez a origem do mito esteja nesse antigo contato, entre um bandeirante ávido por ouro e um acadêmico interessado em arqueologia. Proença tinha todas as condições para criar a imagem de uma cidade em ruínas semelhante às romanas, repleta de inscrições, enquanto Guimarães desejava a todo custo encontrar riquezas sem fim³.

Otro nombre que fue mencionado como posible autor del manuscrito fue el de Tomaz Rubim de Barros Barreto, portugués, poeta, árcade⁴, oidor del Rio das Mortes y encargado (en 1749) de trazar las líneas divisorias entre las Capitanías de São Paulo y Minas, aún en

³ Langer, Johnni, 2002, p. 131.

⁴ El arcadismo brasileño es un movimiento literario y político de fuerte impronta iluminista, cuyo epicentro se sitúa en la Minas Gerais de la segunda mitad del siglo XVIII. Algunos de sus principales representantes son Claudio Manuel da Costa, Tomás Antonio Gonzaga, Silva Alvarenga y Basilio da Gama.

tiempos de la corrida prodigiosa por las riquezas de las Gerais. De todas formas, independientemente de la eventual autoría, está claro que en el texto reverberan la fascinación por las ruinas característica del Setecientos y la inagotable capacidad de fabular que, ante la naturaleza y las piedras, nutre a la imaginación colonial. Piedras mudas que son obligadas a hablar, a definirse, a explicarse a través del perspicaz desdramatamiento de intérpretes y lectores. Piedras como esas, de «uma grande povoação antiquíssima sem moradores», son perpetuas fuentes de intriga y admiración para los contemporáneos de la escritura del manuscrito como para aquellos que patrocinaron su publicación en la revista del Instituto. En esos casi noventa años que median entre la fecha de redacción indicada en el texto y su divulgación impresa, el interés por las ruinas continuó aumentando, propalado por el descubrimiento de nuevos restos en América y en Europa. Cada objeto rescatado, cada superficie redescubierta facilitaba la multiplicación de proyecciones imaginarias sobre el origen y los sentidos de los vestigios, que estaban sujetas no solo a las vigentes concepciones hegemónicas de Historia y de evolución de las civilizaciones, sino también a necesidades y fantasías muy locales y específicas relativas a los pasados nacionales.

En el Brasil de 1839, con apenas diecisiete años de nación independiente, esas necesidades eran urgentes, como la propia fundación del Instituto Histórico evidenciaba, al instituir como su principal objetivo «colligir e methodisar os documentos históricos e geographicos interessantes à história do Brasil»⁵. Recuperar («colligir») en la geografía o en los archivos un vínculo perdido con los ancestros más remotos podía servir para fundar el supuesto origen de una civilización brasileña en un horizonte situado mucho más allá de las culturas indígenas descriptas en las primeras crónicas coloniales. Interpretar («methodisar») adecuadamente esos eventuales descubrimientos permitiría completar los vacíos que acosaban el presente. Ese sería el plan esbozado en las tesis de Karl von Martius para iluminar el pasado de Brasil y entender el curso de su evolución como nación. En el México de ese momento, un esfuerzo semejante comenzaba a ser desarrollado por bibliógrafos como José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra, que buscaban en las complejas civilizaciones antiguas y en los avatares del poderoso virreinato de la Nueva España las claves para entender el presente. Pero allí esa tarea era mucho más accesible,

⁵ *Revista do Instituto Histórico e Geographico do Brazil*, p. 6.

y era triplemente facilitada por un ya consolidado trabajo de investigación (de León y Gama y Lord Kingsborough al propio Humboldt), por los numerosos documentos y testimonios disponibles, y por la concreta condición de las ruinas prehispánicas que se desparramaban por el territorio. En Brasil, las ruinas se resistían a brotar del paisaje, los vestigios eran ocultos o inexistentes (o considerados «inferiores») y los documentos también.

En esas circunstancias, todo mínimo indicio de antigüedad podía gozar de previa reputación y ser capaz de despertar múltiples especulaciones, como ocurrió con las supuestas inscripciones que ostentaba la piedra de la Gávea, asunto abordado ya en el primer número de la revista del Instituto. En el informe elaborado por el Instituto ya se advierte que ese tipo de indicios (que remitirían a lejanos pasados) podía ser tanto una magnífica revelación capaz de abrir nuevas puertas para la comprensión de la historia nacional como una desalentadora ilusión alimentada por las ansias de crear algo que nunca había existido:

A descoberta de uma inscrição é um facto, que pode fazer uma revolução na história; que pôde reconquistar ideias perdidas, ou aniquilar outras em pleno domínio: um nome, uma phrase em uma lapida, podem preencher lacunas immensas, restaurando conjecturas, e abrir uma estrada luminosa do passado ao futuro. Os povos que tem uma civilização nascente, são naturalmente crédulos, e sua imaginação os arrasta a ver thesouros encantados em todas as partes; e os homens amigos do mysterio o algumas vezes também crêm encontrar vestígios dos outros homens n'aquilo, que é um acaso da natureza⁶.

Por eso, el informe no es conclusivo, ya que «no cume da Gavia [...] existem caracteres, ou sulcos que a elles se assemelham, é indubitável; mas a comissão não afirma que elles sejam gravados pela mão do homem, ou pela lima do tempo»⁷. Algo semejante podía ser dicho acerca del manuscrito 512, que, entre la crónica de viajes y la pura ficción, estaba igualmente sujeto a dos antagónicas opciones. Marcas en la piedra o trazos en el papel, en ambos casos, la importancia concedida a documentos como el informe sobre las inscripciones de la Gávea o la relación sobre la ciudad perdida demuestra que la expectativa de hallar civilizaciones remotas en el interior brasileño estaba muy presente (y tal

⁶ «Relatório sobre a inscrição da Gavia», p. 77.

⁷ «Relatório sobre a inscrição da Gavia», p. 78.

vez con mayor fuerza aun que en el siglo anterior) en el imaginario del momento.

Esa firme presencia surgía de la necesidad de construir linajes prestigiosos que conectasen el tiempo actual con los pasados de la nación, y también del imperativo de inventar una genealogía que no se agotase en los pueblos indígenas conocidos, considerados bárbaros e impropios para funcionar como punto de partida de la evolución nacional. Amparadas por las teorías difusionistas, que apuntaban imaginarias continuidades entre las culturas del Viejo y del Nuevo Mundo, ruinas hipotéticas e inscripciones enigmáticas podían operar entonces como marca de una superioridad cultural que parecía requisito esencial para participar en el concierto de las naciones civilizadas. Para que las ruinas dejaran de ser meramente hipotéticas y las inscripciones fuesen develadas, había por lo tanto que promover expediciones que pudiesen aportar alguna certidumbre. En relación a la piedra de la Gávea eso parecía ser más simple, y el inconcluyente informe publicado en el primer número de la revista, con su correspondiente ilustración, era el resultado de los estudios realizados en el lugar. Pero con la ciudad perdida de Bahía la cuestión era mucho más ardua, porque para poder emitir alguna conclusión había antes que encontrar los monumentos y los grafismos descritos en el manuscrito.

En 1840, esa misión es encargada al padre Benigno José de Carvalho e Cunha, profesor y especialista en lenguas orientales. Hallar la ciudad perdida significaría también conocer mejor las vastas e ignotas tierras del sertón, multiplicar los efectos benéficos de la civilización en los remotos confines del país y aprovechar las riquezas escondidas en el suelo en favor de la economía nacional⁸. Luego de recoger informaciones en Salvador y Valença, el padre se adentró en el interior bahiano, acosado por privaciones y dificultades. Era «um sacerdote obstinado, em demanda de um castelo de nuvens»⁹, según la definición de Pedro Calmon. A lo largo de tres años, buscó en el Paraguaçu, en la región del Sincorá y en el curso del río Orobó, pero sólo halló espejismos, desencantos y restos de algún quilombo perdido. Falleció en 1849. Para esa fecha, casi un siglo después de la supuesta redacción del manuscrito, ya eran pocos los que, dentro o fuera del Instituto, todavía creían en las revelaciones del quizás apócrifo documento.

⁸ Langer, 2002, p. 138. Del mismo autor, ver también, 1998.

⁹ Calmon, 1950, p. 172.

El asunto, sin embargo, no estaba definitivamente concluido. Entre 1862 y 1865, José de Alencar publicó la novela *As minas de prata*, cuya trama giraba en torno a las búsquedas de las legendarias minas de Robério Dias. En esa misma década, en *The Highlands of the Brazil* (1869), el célebre viajero y expedicionario Richard Burton incluyó en el apéndice de su obra una traducción al inglés del manuscrito 512, hecha por su mujer Isabel, sin comentarios ni agregados. Años después, esa sería una de las pruebas que inspirarían las extravagantes aventuras del coronel Percy Fawcett, el explorador inglés que procuró la ciudad perdida (que él llamaba «Z») en la Serra do Roncador. Fawcett estaba convencido de que una ciudad muy antigua, probablemente vinculada con la Atlántida, estaba oculta en la selva. Si en la historia latinoamericana abundaban los Eldorados, los Césares y los Paititi, y si algunos años antes de hecho Hiram Bingham había encontrado Macchu Picchu en las espesuras andinas, ¿por qué no pensar que otras ciudades, más remotas y más perdidas, estaban aguardando nuevos descubrimientos? En una carta a su hijo escribió:

I expect the ruins to be monolithic in character, more ancient than the oldest Egyptian discoveries. Judging by inscriptions found in many parts of Brazil, the inhabitants used an alphabetical writing allied to many ancient European and Asian scripts. There are rumors, too, of a strange source of light in the buildings, a phenomenon that filled with terror the Indians who claimed to have seen it¹⁰.

Fawcett desapareció sin dejar rastros en 1925, en la región del Alto Xingú. Varias expediciones fueron organizadas para averiguar cuál había sido su suerte, varias hipótesis fueron consideradas y defendidas, sin haber llegado a ninguna conclusión satisfactoria, y sin que nadie supiera si el coronel encontró alguna vez la ciudad que tanto buscaba.

Para Fawcett, como para Benigno Cunha, la única solución estaba en continuar buscando, movidos por una convicción que era superior a sus fuerzas y más poderosa que toda cautela y toda sensatez. Mientras tanto, las ruinas perdidas de los interiores bahianos continuaban siendo solo trazos sobre un papel. Para el anónimo autor del manuscrito, sus vistas seguramente podrían rivalizar con las que Roma o Pompeya ofrecían. Sin embargo, al contrario de las ruinas admiradas por Goethe, las

¹⁰Ver David Hatcher Childress, 1986, p. 120.

de la ciudad oculta sólo podían ser contempladas a través de la fantasía. Para lectores eruditos y aventureros dispuestos, esas vistas, esas piedras eran como un sueño dentro de algún otro sueño. En el mejor de los casos, constituían una posibilidad que permanecería abierta, mientras hubiese esperanzas o al menos algún territorio sujeto a especulaciones y argumentos. Como escribieron los miembros de la misión encargada de inspeccionar la piedra de la Gávea,

A comissão não desespera da glória, que aguarda o Instituto Histórico e Geográfico na descoberta de iguaes monumentos; nem da esperança de ver apparecer em seu seio um Champoleon brasileiro, esse Newton da antiguidade Egyptica ou Cuvier do Nilo, para com o facho do seu gênio indagador iluminar esta parte tão obscura da historia primeira do nosso Brazil; e porque ella pôde n'um dia contemplar aquelle monumento como Anaxagoras o sol e no outro como Pythagoras, ver n'aquella rocha uma inscripção gravada pelo acaso e o tempo, ou um padrão, pelo cinzel do homem, deixado ás gerações vindouras¹¹.

Grabada por un cincel o hecha por el acaso y por el tiempo, la ciudad perdida todavía, en esos mediados del XIX, era capaz de permanecer y de durar, aunque más no fuera como un fantasma que hombres de varias edades habían insistido en diseñar invocando un poderoso instrumento llamado imaginación, llamado quimera. Con el pasar del tiempo llegaría a ser eso que es hoy: una curiosidad más, de esas que se encuentran al azar en bibliotecas antiguas y olvidadas.

BIBLIOGRAFÍA

- «Advertencia do Redactor d'esta Revista, o Conego J. da C. Barbosa», *Revista do Instituto Histórico e Geographico do Brazil*, tomo I, 1839, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1908, pp. 150-155.
- Calmon, Pedro, *O segredo das minas de prata*, Rio de Janeiro, Editora A Noite, 1950.
- Childress, David Hatcher, *Lost cities and ancient mysteries of South America*, Kemp-ton, Adventures Unlimited Press, 1986.
- Langer, Johnni, «Enigmas arqueológicos e civilizações perdidas no Brasil novecentista», *Anos 90*, 1998, pp. 165-185.
- Langer, Johnni, «A Cidade Perdida da Bahia: mito e arqueologia no Brasil Império», *Revista Brasileira da História*, 22, 2002, pp. 126-152.

¹¹ «Relatório sobre a inscripção da Gavia», pp. 80-81.

«Relatório sobre a inscrição da Gavia», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, tomo I, 1839, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1908, pp. 77-81.

